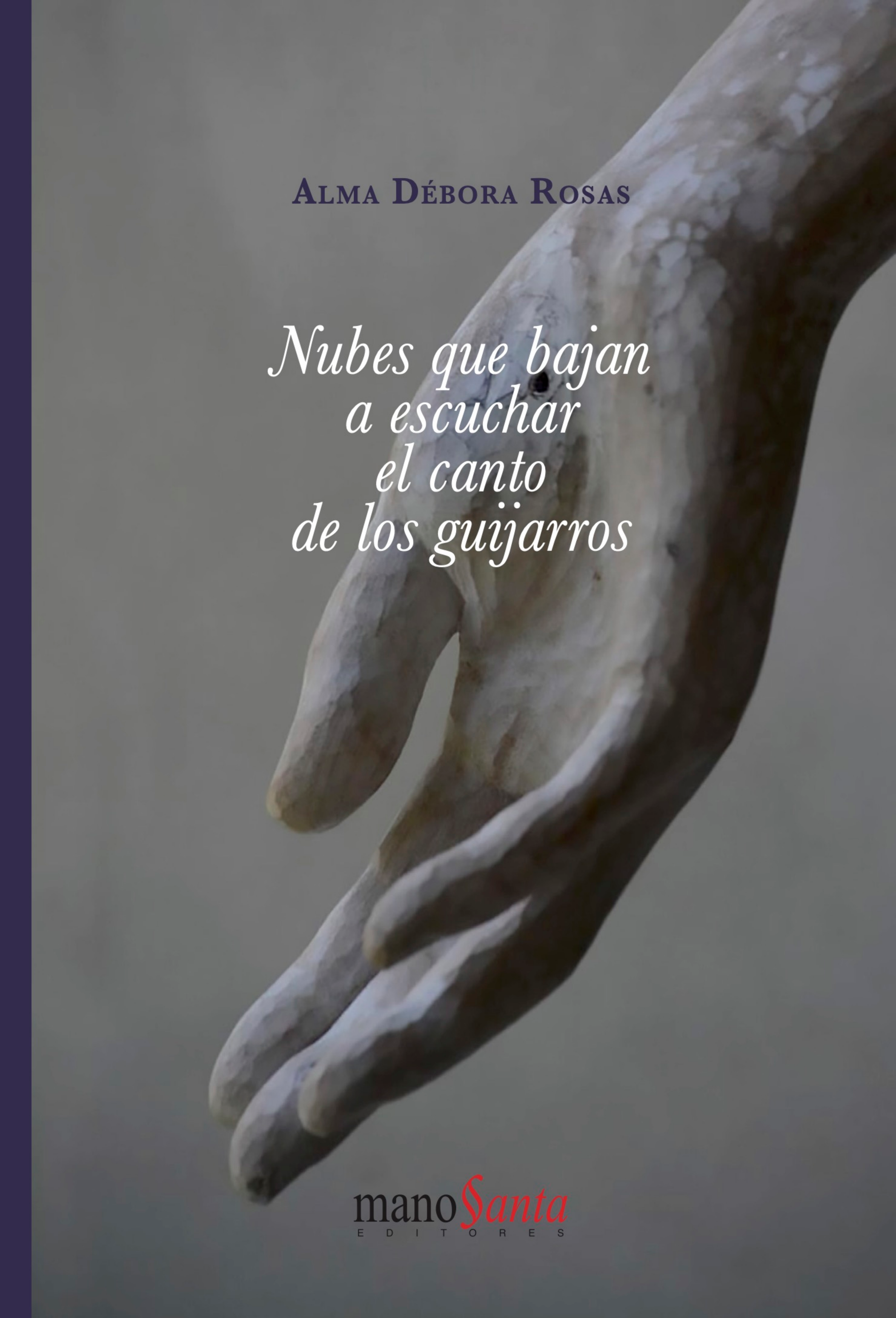




ALMA DÉBORA ROSAS

*Nubes que bajan  
a escuchar  
el canto  
de los guijarros*

mano *Santa*  
E D I T O R E S

NUBES QUE BAJAN A ESCUCHAR  
EL CANTO DE LOS GUIJARROS

CONOCE NUESTRO CATÁLOGO

<https://manosantaeditores.wixsite.com/poesia>

*Nubes que bajan a escuchar el canto de los guijarros* |  
Alma Débora Rosas  
Julio de 2025

D. R. © Alma Débora Rosas  
D. R. © Mano Santa Editores  
Director de la colección: Jorge Esquina  
Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor  
Diseño editorial: Luis Fernando Ortega  
Imagen de portada: Kuronuma Takatoshi (detalle).

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

ALMA DÉBORA ROSAS

*Nubes que bajan  
a escuchar  
el canto  
de los guijarros*

manoSanta  
E D I T O R E S



José Orlando *Orly*  
29/07/1984–08/10/2020

Gerardo Samuel *Kiki*  
13/09/1995–16/08/2022

Solo está el silencio donde sus rostros estaban.  
Siempre conmigo, hijos míos.



*Y el tiempo con las nubes, a toda prisa, afuera.*

Eliseo Diego



## *Treno primero*



*¡Abran bien los ojos y miren cómo la pulida  
uña del síntoma marca a cada uno con su  
signo de especial desesperanza!*

*«Reseña de los Hospitales de Ultramar»,*

Álvaro Mutis

## I

Los insectos picotean detrás del muro. Deja de llover de golpe. Zumbido. Verano 2020. En algún lugar quedó la placa 1984-2020. Diagnóstico. Trombosis en pierna derecha. Hinchazón. La lucha. Vuelven los dolores del parto. La niebla cae sobre el zenzontle. En el negro metálico de su plumaje. Tu cuerpo algo sonrosado. Hay que hacer una lista de los agravios —dijo—, fíjate en la casa: también está entrando la luz y se va. Juegos. Hora del fallecimiento. Escrito sobre la superficie del agua.

## II

He visto caer dos escarabajos  
¿De qué cielo? ¿De qué tormenta?

Queda en el silencio  
el zumbido de sus alas

Por un súbito instante  
se refleja otra vez la luz.

### III

Dibujo un colibrí en la sombra del jazmín.  
Mi mano toca su plumaje.  
Vuela a contracorriente.

Siento en mi nuca  
su pico de carbón:  
mis ojos no lo ven. Lo sueñan.

#### IV

Entre la claridad  
de la niebla dispersa  
un petirrojo escapa.

Queda otro, prisionero.  
La tarde irisada cae  
en lo opaco de la maleza.

V

Mis hijos  
arrojados al preludio.  
Hojeo las fechas  
de su muerte  
fundidas en el relámpago.

Los miro ahora  
entre piedras y flores:  
Escapan por el camino que señala el colibrí.

## VI

Dos palanganas llenas de agua  
junto al guayabo.  
Bajan los pájaros  
a bañarse.

Nunca se sabrá por qué caen  
con las alas abiertas.

## VII

La sombra de un pájaro atravesó mi mano  
¿Ya viste la luna? —oí decir—  
Está amarilla como la punta de un alcatraz marchito.

## VIII

El mundo te cree ausente. ¿Cómo desengañarlo? El cuerpo y el agua en tu vientre. Ojo de Dios. La nube cubre el ángulo de la ventana del hospital. El cruce de los hilos forma la comisura de los párpados. No oigo bien —dices—. Su propio nombre como una ojiva. Despojos de verano en la vasija de barro. Los glóbulos rojos tienen daltonismo. Arritmia. Sin alas. La primera huella.

## IX

Su latido se esconde en la arena. El sueño de humo vela por tus ojos. Vientre. Después de la media noche las pastillas se trasladan de una lengua a otra. Alimento trasnochado. Vi un árbol en la carga de un buque. Escucho el viento crujir en la hierba. Las cirugías van trazando mapas en tu piel. Un pájaro me mira.

## X

Tu último baño sobre una silla blanca. Hoy Dios dejó de escucharnos. Cesaron las dudas y las exaltaciones. Los murmullos en medio de la noche. Cantos de infancias. La imposibilidad de tragar. En cualquier parte del cuerpo los pinchazos de las agujas. Al pie de la cama el blanco. Polvo de huesos. Pasos fragmentados. Untar. Óxido de hierro. Vitamina B. Vi colgada en la pared tu herida.

## XI

El sonido que salía de tu pecho  
entrelazado alto y bajo  
bajo y fuerte,  
ligado como la caligrafía.

Mamá —dijiste— es año nuevo.  
Estoy solo y enfermo.

Tiene tu piel una pátina  
como de viejo mundo.

Acompasados los latidos  
por los rezos.  
La higiene indiscutible.  
El horror  
por la suciedad de las manos.  
El trazo del ritmo de tu corazón  
marca el camino hasta desaparecer.  
Tus ojos miran hacia tu hermana  
Y preguntas: ¿dónde está la música de mi corazón?

## XII

En el vaivén del viento  
cantan dos voces.

Estalla la flor que habita  
en el espejo.

Tu cuerpo es niebla que ronda,  
negro torbellino de duelo.

## *Treno segundo*



### XIII

Morir. Eso no hace un hijo.  
¿qué puede hacer  
un hijo en un piso vacío?

Jugar al hombre araña  
por las paredes,  
con la maldita circunstancia  
del agua que nos rodea por todas partes.

Morir, en la larga esquina  
del solsticio de verano,  
sol que significa sol  
y *sistere*: «quedarse quieto».

Alguien ha quitado  
algo del lugar que tenía,  
como las horas ingravidas  
entre los pies y el suelo.

Él estaba aquí y ya no está.  
Lo he buscado en la incredulidad,  
en los cubos caídos  
al fondo del armario.

#### XIV

El primer movimiento. Un anuncio excluido. El nunca morir. Te conviertes en llanto. En bramido. En velocidad. Correr hacia abajo y volver a subir. Lamento el retraso. La carga. Puedo sentir mis manos moviéndose, buscándote. Memoria corporal, supongo. La ira. La luna brilla sobre un charco de agua sucia.

## XV

¿Podrá tragarse la tierra ese cuerpo mutilado? ¿Podrá tragarse la lluvia esta larga noche? Llorar de amabilidad y de amarillo. Llorar detrás de las puertas. La luz que lo conforma todo. Limbo.

XVI

Sobre mí  
en las ramas desnudas  
grazna  
un pájaro negro.

El cielo lo mira y cercena  
su cabeza.  
La sangre cae  
desde su pico negro.

## XVII

Él está de pie junto al guayabo. Se bebe la claridad del día. Escupe pedazos de nubes. ¿por Dios —le dije—, qué está ocurriendo? Fines de agosto. Las perillas de las puertas reventaron. Mientras yo quiebro una varita. Blanqueas con tu aliento las ventanas. Preguntas si existe Tutankamón. El romero en tu piel. Estás delgado, delirante. Tus pupilas como moscas. Truchas doradas junto al cauce del río; la música. Sácame del hospital mamá, —dice—.

## XVIII

Una mano empuja la puerta de urgencias. Ráfaga de viento. Rezos en el quicio de la piel. Palabras tenues. El peso de su cuerpo. Los dedos entumecidos. Del otro lado la calle hay un atajo. ¿Qué hora es? Fumo un cigarro frente al hospital. Los rumores flotan en el aire. ¿Por qué la risa de pronto estalla en llanto?

## XIX

Murió de un infarto. Con la paciencia de Job. De mañana. De noche. De viejo. De niño. Dame un poco de agua. Era un día de nubes que bajan a oír el canto de los guijarros. Todo se mueve al unísono. La rueda gira. Cantan las estrellas. De una rama a otra huyen las sombras. Con todas sus fatigas el pájaro vuela. Escucha como suena el viento al cambiar el orden. Tiembla un rezo en la mano y devora un rosario.

En las últimas tardes de octubre. El estruendo de una sonata. En la esquina de la calle escucho los ladridos de un perro.

## XX

Bajo tu piel se rompen las linfas. Los tejidos de tu cuerpo se hinchan. La fiebre vagando de una parte a otra. Errante la mano sobre la escalera. Una araña camina sobre los escombros. Ha perdido su sombra. De su sombra nacen mariposas. El viento mueve los helechos. Libélulas acampan en el tulipán de una maceta. La sangre languidece, camina del rojo al blanco.

## XXI

Siento frío      ese que carcome todo tu ser      que se come tu vida de un solo golpe. No sé rezar. Lo único que repito es: Isabel, Estambul, Nueva Zelandia. Isabel Estambul, Nueva Zelandia. Como un mantra.

Los pétalos de un crisantemo cubren mis pies. Veo tu cuerpo dormido en la cama. Las hojarascas rondan la casa. Lamento no haber encontrado el remedio para tu mal. Las hormigas pasan frente a la casa. Signos y señales. Tus huesos crujen como un barco que se va a pique.

XXII

La luciérnaga en tu hombro  
es resina de pino.  
Un saltamontes brinca  
a una ciudad tallada en barro.  
Gotas de sol en la orquídea verde.

### XXIII

El botón del rosal está a punto de abrirse.  
Bajo la luz que se filtra  
a través de las ramas del árbol,  
se iluminan las hojas que piso.  
Estoy salpicada de lluvia.  
Debí decirte en ese momento  
que la muerte es una puerta  
que se abre sólo una vez.

## XXIV

Un arlequín en un semáforo  
juega con aros de fuego.  
Nuestros ojos se encuentran,  
mitad miedo, mitad cólera.  
Cada vez que golpean los tambores  
el aire brilla y el mediodía se detiene.

## *Treno tercero*



*El sol como la blanca velocidad de Dios en  
mi cabeza*

«Hospital Británico», Héctor Viel Temperley

XXV

Detrás de la luna, el viento relincha.

Se desprende del abismo un pájaro,  
en el cristal mis pupilas dilatadas.

Miro una canoa que se aleja,  
en ella va un Dios con alfileres en el pecho.

## XXVI

Nos toca navegar entre Escila y Caribdis. Borrarnos de un zarpazo. Polvo. Una frase hecha abriéndose en el aire. Ni Dios, ni fe, ni sacramentos caben en mí. Mejor guardo el silencio. Olor a sándalo que cae de la luz amarilla como fiebre tatuada en una enredadera.

En la ventana unos labios pintados. Revolotean las noches de insomnios. Semilla. La luz cae por los agujeros de un paraguas.

## XXVII

El día se puso blanco amarillento. Los pájaros y los cocuyos raptaron a dos niños. Lo muerto, muerto está. Hay un movimiento demorado que no llega a reventar. No volverte a ver. Aborrecer la muerte. Un rosario cantado. Miro la cicatriz en la punta de tu barbilla. Tu cuerpo envuelto como un capullo. Largo color rojizo de la sangre.

La palma de tu mano quedó cóncava. La muerte. Templo la cuerda del arco y lanzo la flecha. Al vuelo sentí una tenaza en la garganta y no pude hablar.

## XXVIII

Hay un pájaro muerto allá afuera. Cerca el árbol de manzanas. El golpe del agua. Flota tu rostro en una esquina del jardín. A mediodía. Saco de tus cajones tus cosas y encuentro un beso de lápiz labial. Colecciones. Los sitios de la infancia. Un barco encallado en una botella con una estúpida frase que dice: «si se puede, es cosa fácil».

## XXIX

Sueño en cualquier calle del mundo. Envidio la dicha de los peces. ¿Cómo sabes que son dichosos si no eres pez? —Me dijo—. Pienso en tu muerte y miro hacia atrás, al tiempo antes de que nacieras, antes de que tuvieras un cuerpo y espíritu. Un niño pinta un avión en el suelo y canta. Hoy descansa la nostalgia en esta habitación.

XXX

2.40 a.m. La mancha de sangre en la camisa. La penicilina en el cuerpo. El ulular de la sirena abre la reja. El frío entume mis huesos. Hay animales que solo se ven en la oscuridad. La mano sujeta una tolvanera. Aún no amanece. El mundo se ha detenido como un tren en un pueblo fantasma.

### XXXI

Quema la soledad y salpica sus huesos. El sonido de la hierba crece a la orilla del invierno. El vértigo de las cicatrices de su cuerpo. Mi hijo permanece de pie. Su carne se clava en mis pupilas. Caigo en el espejo y me abismo.

## XXXII

Lo peor del duelo no es el día de tu muerte. Es cuando me pasan cosas buenas y no estás para contártelas y para alegrarnos. Eso es un nudo ciego que te queda en la garganta.

El quejumbroso vacío en el estómago. La lluvia es una idea que robaste desde niño. Vino al mundo bajo el signo de Leo. Quicios de luz en tus ojos. La mujer del hospital que me dijo «todos estamos en el mismo espejo». Diálisis drenada por la cañería. La noche respira y un aleteo se deshace. Náusea pura en el piso. Tu cuerpo no resiste otra página en blanco.

### XXXIII

Lloro frente a una taza de café. Con la circunstancia del agua por todas partes, la cual, entra a tu cuerpo y serpentea con el día y la noche. Huele a cloroformo. Afuera tu recuerdo en todas las calles, en todos los vientos. Hay una sombra desgarrada por las moscas. Tu cuerpo agrietado en todo en un todo. Desapareces. Quedo en espera de volverte a ver y abrirte los ojos.

XXXIV

Entre dos muros grises  
de un hospital  
nada crece.

Basura, ratas, latas vacías...

Allí brillan

pedazos

de un vidrio verde.

## XXXV

El golpe de la parafina al caer en mi mano. Cruzo la calle para ver los destrozos causados por la luna. La muerte acecha en cada cuarto de este hospital. Por las escaleras surge un débil olor a cloroformo. Otra vez el blanco recorre el resto del cuerpo. Tú estás sobre la cama como un pájaro con las alas cerradas.

## XXXVI

Miro la claridad del sol por la ventana. Espero a que termine la transfusión. A lo lejos parte el ave con su plumaje pardo. De su pecho un soplo ligero de aire como una nota musical. Hueco. Concavidad. Las cicatrices lineales de tu estómago. Mancha de guerra. Semejante a una lanza. Delgada. Pequeña. Lugar y tiempo que se arroja con la mano.

## *Treno cuarto*



## XXXVII

Oigo las quejas de los demás pacientes. El enojo. La rabia. La irritación. Ojalá se acabara el mundo. Ya no hay estrellas y hace frío. Lo que no se ve no existe más. Los gatos se asustan con el resplandor de las latas. Ten mucho cuidado – me decías al cruzar la calle. Siempre. Mis ojos. Sus ojos. Ojos míos. En esta calle.

## XXXVIII

Atravesamos un desierto. Al hallazgo de una imagen. De los santuarios y días que se veneran. En la orilla de la banqueta los pájaros buscan comida. Rindiéndose al sueño, empezó a morir poco a poco. Una gasa blanca adornaba su frente. Después los gemidos. La niebla empezó a cubrirlo todo. La mañana distinta de un cielo derrumbado.

## XXXIX

De pie junto a la mesa de curación. Huraño. El agua deslizándose sobre el colchón. Afanosa. Limpio la cavidad de tu estómago. Un globo rojo cuelga en la casa de enfrente. La luz refleja de golpe una estrella *mentida que llega al mundo escondiendo su catástrofe infinita*. Navego al golpe del aliento. La algarabía de los pájaros a las seis de la tarde.

## XL

La casa me habla de él. Oye sus pasos a la entrada. El ruido de la silla giratoria. La espera. Como una gota preñada. Lágrimas. Fugas de agua. La voz viene a mi memoria y golpea el muro de acrílico. Los ojos emigran hacia las sombras. Están ausentes las aves este otoño.

XLI

Las huellas de la huida  
quedaron revueltas.  
La luna pasó entre nosotros,  
perenne,  
casi un jazmín amarillo.  
Un montón de hojas secas  
conversaban con nuestras sombras.

## XLII

10:32. En la boca, la bienaventuranza. Vista de Dios en un cielo con muchas nubes. Las pisadas vuelven una y otra vez sobre el piso mojado. Le inyectan sangre en el brazo izquierdo. Oigo por la ventana el cri-cri-cri de un grillo. Vuelvo los ojos al horizonte. La luz parpadea y, repentinamente, se apaga.

### XLIII

Estoy sentada en la orilla del río; las nubes se derraman hasta el fondo de un barranco. Las palabras arden. Se alargan en el cuarto de hospital. Imposible dormir, pensar. Años malos. Esta luz enfermiza nace del eco del último diluvio.

#### XLIV

Aún están ahí en la habitación tus cosas. Escombros tu edad, tus dudas, las catástrofes. Me siento en tu mesa a tomar un café con la circunstancia del agua por todas partes. Mientras escribo te imagino viajando. Arriba sobre el balcón caen pétalos. Hay días en que no puedo respirar. Este hijo pone las heridas en la lluvia.

## XLV

Trasmina mi respiración sobre tu almohada. Soñé que iba al mar. Una gitana vigilaba la entrada de una iglesia en ruinas. Veía tu cuerpo lleno de mariposas. Desmoronándose. Puse entonces todas tus cosas en la cama. Mis dedos repasaron las cuentas de un rosario. Alguna vez te oí gritar en tu sueño. Tu recuerdo sobre mi mejilla arde. ¿Podrías ser de nuevo un niño?

XLV

Una hormiga  
lleva entre sus patas  
una hoja de cristal.  
Un musgo negro que atraviesa  
una pared de piedra.

XLVI

Las paredes están cubiertas  
de gotas diminutas.  
Caen al suelo y señalan  
la ruta de dos estrellas.



*Nubes que bajan a escuchar guijarros,*  
poemas de Alma Débora Rosas en memoria  
de sus hijos José Orlando y Gerardo Samuel,  
se terminó de imprimir  
durante el lluvioso mes de julio de 2025  
en la ciudad de Guadalajara Jalisco, México.  
La edición estuvo al cuidado de los editores  
y la autora.

Impreso en los talleres de  
Ediciones de la Noche  
Calle Madero # 687 Col. Centro  
44100 Guadalajara, Jalisco, México.  
Tel. (33) 3825-1301 (con 3 líneas)

[edicionesdelanoche@gmail.com](mailto:edicionesdelanoche@gmail.com)

